

EDITORIAL

LA POLITICA EN CENTROAMERICA

La política es una dimensión constantemente presente en el lenguaje de todos los centroamericanos, pues lo querramos o no el sentido de la vida social es cada vez más política. Sin embargo, la palabra política se presta a numerosos equívocos y significados diversos en su uso cotidiano. Muchas veces nos referimos a ella como oficio de y para oportunistas o agitadores, como una mala arte; otras, en cambio, la empleamos para señalar el sacrificio, la quijotada que implica meterse a hacer política. Pero en fin de cuentas es algo de que todos nos ocupamos y nos sentimos autorizados para comentar, ya sea que hablemos o discutamos del problema del café o del algodón, de las elecciones, de la democracia, del comunismo, de la crisis económica, de la solución habitacional, del plan quinquenal, de las expatriaciones, de Somoza u Oduber.

Por eso nos interesa destacar que en ese complejo mundo del lenguaje, la mayoría de las veces la política pierde su verdadero y profundo sentido, es decir, su dimensión científica y su necesidad vital, humana, como instrumento de análisis de realidades complejas y dinámicas, a fin de realizar una acción eficaz orientada por un correcto marco teórico.

Precisamente en Centro América lo político, quiere decir, la historia social de nuestros pueblos, ha corrido desamparada de la política o más bien se ha manejado a nivel pre-científico, emocional, intuitivo y por eso casi siempre equivocado. Lo político ha creado políticos que no han querido o podido hacer verdadera política, perjudicando la necesaria integración que debe existir entre teoría y praxis.

Así nos explicamos por qué la política entra en la vida diaria por la puerta trasera al negársele su legítimo derecho de presidir la vida nacional. Es triste escuchar a representantes de asociaciones empresariales o gremiales pronunciarse en contra de la intervención política en los problemas nacionales, pero adjudicarse para sí la facultad de analizarlos y resolverlos. Funcionarios que se

llaman técnicos, ingenuamente afirman que no se meten en política, sin darse cuenta de que están actuando en ella y tomando decisiones políticas día a día. Apoliticidad que de hecho significa política y política que quieren convertir en apoliticidad.

Afortunadamente desde hace algunos años en diversos ambientes comienza a sentirse un aire renovador, particularmente en las Universidades del área, reivindicando el papel de la política y queriendo dotarla de un instrumental científico, teórico y concreto, histórico-existencial, que prepare personas capaces de conocer nuestra verdadera historia y las causas económicas, sociales, culturales que la han impulsado. Conocer la lógica interna de nuestro sub-desarrollo y explicarse las causas que han impedido un proceso de liberación. Ya Sócrates postulaba como un imperativo difícil pero indispensable para lograr la superación humana el "conócete a ti mismo"; lo mismo cabe aplicar a la vida social; es urgente elaborar una teoría del conocimiento que permita conocer la realidad social, ya que sólo así se puede transformarla.

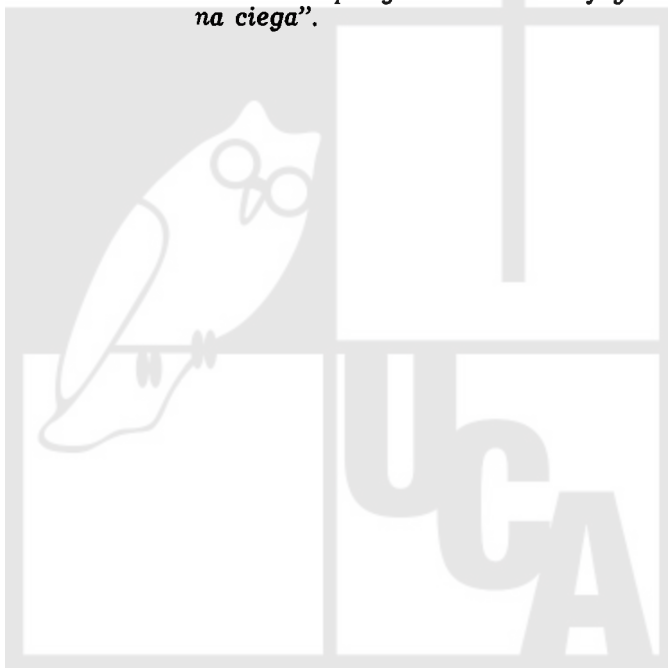
Los mismos funcionarios de SIECA reconocen que los problemas de la integración centroamericana son esencialmente políticos. En el documento "El desarrollo integrado de Centro América en la presente década. Nota Resumen", afirman: "Sin embargo, se debe señalar que el fondo del problema viene a ser de carácter político y su solución requiere oportunas e importantes decisiones de este orden".

La Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" se ha hecho cargo de estas inquietudes, comprendiendo la importancia de la instancia política en y para Centro América, y ha iniciado este año la carrera de Ciencias Políticas. Pretende hacer ciencia política en y para Centro América, que se adecúe a los graves problemas que tenemos planteados y contribuya a resolverlos con su aporte institucional y académico y preparando hombres y mujeres científicamente capaces y humanamente comprometidos con sus pueblos.

Las posibilidades de nuestra liberación sólo pueden surgir del conocimiento que tengamos de la realidad social centroamericana y mundial. Si bien el desarrollo es una aventura de los pueblos, esa aventura únicamente puede emprenderse con relativa garantía de éxito a partir del análisis objetivo y concreto de las limitaciones que tiene un camino determinado. Es preciso conocer las

leyes y fuerzas que mueven la historia de Centro América; ésta no ha sido casual, sino por el contrario en gran medida ha sido causal, esto es, determinada por intereses de clases y grupos, sus alianzas y oposiciones, que se han movido en un contexto económico, político, social y cultural específico, tanto a nivel nacional como internacional.

La verdad es que la política ha fracasado o ha estado marginada en el proceso histórico, con graves consecuencias, porque ha faltado conciencia clara de que se necesita una ciencia que "estudie los fenómenos relacionados con el fundamento, organización, ejercicio, objetivos y dinámica del poder en la sociedad" (Lucas Verdú). Sólo en esta forma puede posibilitarse una acción política clara, coherente y eficaz. Nuestro destino depende primordialmente de la capacidad de los centroamericanos y de sus dirigentes para integrar la teoría con la práctica políticas, pues es demasiado peligroso continuar jugando a "la gallina ciega".



DESPUES DEL HURACAN

Ya ha vuelto a salir el sol por donde solía. El huracán Fifi nos ha dejado atrás. La amenaza ha desaparecido y los ánimos empiezan a recobrar su temple cotidiano. Queda, no obstante, el problema de los refugiados. Pero éste no es un problema que siga emocionando como emocionaron, bajo la lluvia, las casuchas que se desplomaban y las vidas que se enterraban. La respuesta al dolor fue en muchos magnífica. Ofrecieron sus personas, su tiempo, sus recursos para suavizarlo. Una vez más se demostró la solidaridad humana, aunque quizá por el esfuerzo y el trabajo de unos pocos, ya que los más se quedaron tranquilos. Una vez más se demostró que en El Salvador hay solidaridad entre sus gentes y que los problemas pueden ser resueltos rápidamente.

Pero, desgraciadamente, los problemas todavía no se han resuelto y no basta con la buena voluntad de unos pocos, durante un corto tiempo, para encontrarles una solución permanente. Veamos por qué.

Ante todo, tengamos presente que el huracán Fifi no tocó de lleno a nuestro país. Mientras la hermana República de Honduras ha contado por miles sus víctimas y por muchos millones sus pérdidas, en El Salvador la fuerza de los vientos y la carga de la lluvia alcanzaron mínimas dimensiones respecto de lo que pudo ser. Más aún, conocíamos con tiempo el peligro y pudimos tomar —aunque no siempre se tomaron— medidas urgentes que protegieran las vidas humanas. Y, sin embargo, tuvimos decenas de muertos y cientos y cientos de gentes, cuya vida peligró gravemente y cuyas viviendas quedaron destruidas. Un peligro relativamente pequeño nos colocó en estado de emergencia nacional; un peligro relativamente pequeño colocó a miles de gentes al borde de la muerte y sin posibilidades de atender a sus necesidades más urgentes. Algunos se aferraron a su champa desnivelada y no la quisieron abandonar porque era lo único que les quedaba de seguro para seguir viviendo. Tanto su vida como su champa estaban colgadas del mismo hilo frágil.

Y de este hecho debemos sacar la primera lección. Miles de vidas de salvadoreños están colgadas de cuatro hilos que cualquier acontecimiento un poco anormal puede romper para siempre.

El Salvador vive permanentemente en estado de emergencia. Sobre todo, por lo que toca a la vivienda. A este respecto, un Diputado acaba de recordar que en 1968 había un déficit de 150.000 habitaciones y que, durante los cinco años del anterior gobierno, no se construyeron ni 5.000. No se construyeron ni siquiera mil viviendas por año; no se alcanzó ni a satisfacer el aumento de demanda anual. Estos números, deben hacernos reflexionar. Indican por qué la gente, sin trabajo en el campo, se viene a la ciudad y en la ciudad ocupa lo único que ha dejado libre el interés egoísta del dinero; indican por qué la gente se ve obligada a asentarse en las quebradas y en los arenales. Esta gente necesita vivir cerca de donde hay trabajo... y cerca de donde hay trabajo, los pobres no pueden vivir como humanos, no pueden vivir ni con un mínimo de seguridad.

No es hora todavía de plantear soluciones. Pero sí de arreciar en los esfuerzos para hacer conciencia de la necesidad de medidas que correspondan a nuestro permanente estado de emergencia.

Si las leyes actuales, si las estructuras actuales no permiten construir más que unos pocos miles de viviendas en cinco años, hay que declarar legalmente estado de emergencia y establecer procedimientos mucho más drásticos, que permitan sacar a miles de salvadoreños de su situación que es inhumana, no sólo por las pésimas condiciones de su vivienda, sino por el peligro de sus vidas. ¿Qué diríamos si el último huracán hubiera causado treinta o cuarenta mil víctimas? ¿Cómo nos sentiríamos ahora si las aguas se hubieran llevado a todo los salvadoreños —entre ellos cientos y cientos de niños— que malviven en las quebradas?... Y esto pudo haber sucedido; más aún: estuvo a punto de suceder; y, lo que es más importante: puede suceder en cualquier momento.

El problema, pues, está allí... y es bien serio. Tan serio que el gobierno debería ofrecer sin tardanza —aunque tenga que hacer las expropiaciones necesarias— terrenos mínimamente seguros para que las propias gentes construyeran sobre ellos sus viviendas, que paulatinamente irían mejorando. ¿Sería, por ejemplo, exagerado el impuesto de un uno por ciento de la tierra a quienes ya poseen más de cien manzanas, y a quienes poseen el equivalente en terreno urbano?

¿No permitiría esto negociar terrenos adecuados y hasta quizá lograr un desarrollo mínimo, que superase en mucho la actual situación? Sólo entonces, si se ofrecen lugares aptos donde habitar, el gobierno tendría fuerza moral para impedir por todos los medios que la gente buscara viviendas donde corren peligro sus vidas.

Además, ¿no tiene ya el gobierno leyes de expropiación y recursos económicos para avanzar mucho más rápidamente de lo que lo hace? Si los tiene, resulta claro que no es lícito mantener un lento paso legalista cuando el huracán avanza a cientos de kilómetros por hora. Por tanto, si hay necesidad de expropiar, debe expropiarse. Y si hay que expropiar sin pago efectivo e inmediato, debe expropiarse sin pago efectivo e inmediato. Las grandes masas necesitadas, que son los verdaderos dueños del país, respaldarían y justificarían la medida.

Mientras tanto, sería menester que se ofrecieran voluntaria pero inmediatamente, algunas manzanas de terreno donde de momento se pudiera colocar a quienes el último huracán dejó sin techo. Con esto no se resolvería todo el problema, pero algo se haría.

El sol ya ha vuelto a salir, es cierto. Pero ese sol también ha puesto muy en claro que la situación no puede ya más seguir así.

EDUCACION EN UN COLEGIO CATOLICO

El pasado 4 de octubre, tuvo lugar la graduación de una nueva promoción de bachilleres en el Colegio de la Asunción, de San Salvador. El Colegio de la Asunción es un colegio femenino, regentado por religiosas, y su alumnado se compone fundamentalmente de muchachas provenientes de la clase social más privilegiada del país. Al terminar el acto de graduación, durante el cual ya se hicieron presentes ciertas tensiones, un grupo de doce alumnas repartió a los asistentes un folleto titulado "Nuestra experiencia educativa en un colegio católico".

El sentido de esta publicación se expone con claridad en la página 2: "Hoy —dice el grupo de jóvenes firmantes— nos encontramos en el final de un ciclo de enseñanza escolarizada. Esta nos prepara para seguir manteniendo la sociedad actual, pero no para responder a los retos que nos presenta la realidad de nuestro país. Esta situación, lejos de limitarnos, nos ha hecho sentir la necesidad de re-educarnos. Un elemento esencial en esta re-educación creemos que será la solidaridad con nuestro pueblo en sus necesidades y aspiraciones, como también la participación en sus luchas concretas".

Por tanto, tras culminar una etapa tan importante de su formación escolar, estas jóvenes llegan a la conclusión de que deben, no sólo seguirse educando, sino, sobre todo, re-educarse. La re-educación exige eliminar algunos aspectos de la educación recibida y sustituirlos con una formación nueva y diferente. Y el aspecto principal en que estas jóvenes sienten que deben re-educarse es en su postura frente a la realidad de nuestro país, cuya transformación parecen desear ardientemente. Para esa transformación no se les prepara —afirman— y con ello se les aparta y desolidariza de las necesidades, aspiraciones y luchas de nuestro pueblo.

Es evidente que este grupo de jóvenes está sintiendo en carne propia la tragedia de nuestra sociedad, el estado de injusticia que lleva a la

marginación y opresión de la gran mayoría de nuestro pueblo. Lo interesante es que, a diferencia de otras y otros jóvenes de su misma clase social, estas muchachas no quieren aprovecharse ni conformarse a una situación que les privilegia y beneficia. Por el contrario, protestan. Y protestan seriamente. Protestan razonable y razonadamente. Protestan analizando los mecanismos que, en su propia educación, hacen posible una cultura de opresión, so capa de técnica educativa e incluso bajo el manto de supuestos valores cristianos.

Protestan de que se les eduque al margen de los verdaderos problemas sociales, económicos y políticos de nuestra sociedad. "Nunca en nuestra vida de colegio —afirman estas jóvenes— nos hemos sentido solidarias con el pueblo y sus problemas". Si esto corresponde a no a la intención de la dirección del colegio, no lo sabemos. Pero lo que sí sabemos es ese resultado de deplorable insolidaridad, tal como lo patentiza la expresión de las jóvenes. Y lo que también sabemos es que la realidad cotidiana confirma la triste verdad de ese fruto de insolidaridad, auténtico engendro des-educativo. Que estas jóvenes se rebelen contra ello es no sólo esperanzador, sino que constituye quizá uno de los verdaderos frutos que hayan podido recibir en su educación. En otras palabras, el Colegio debería sentirse orgulloso, no del conformismo silencioso de algunas graduadas, sino de la rebeldía sana y profundamente cristiana de esta minoría.

Porque cristiana es la motivación en que este grupo de muchachas se apoya para denunciar la violencia de nuestra estructura social.

Cristiano, dolorosamente cristiano es denunciar que la educación recibida en un colegio católico no les prepara para cambiar esta sociedad injusta, sino para adaptarse a ella, es decir, para beneficiarse de su violencia y de su injusticia.

Es esperanzador ver un grupo como éste que, en su juventud, denota ya una nueva conciencia y un no pequeño grado de madurez. Porque no es fácil criticar y menos criticarse. Estas jóvenes saben que su crítica no se dirige contra los demás, sino contra ellas mismas, contra la clase social que representan, contra los falsos valores de una educación que da las espaldas a nuestro pueblo, aunque sea en beneficio particular de ellas mismas. Y no sólo critican, sino que critican con madurez, tanto en el contenido como en la forma. Crítica serena, aunque dolorosa, que debe conducir a los responsables a un sincero examen de conciencia.

En ello se mostrará la verdad de una tarea que se quiere educativa y cristiana.

Son varios los colegios de educación católica que empiezan a dar muestras de inquietud y que, con más o menos decisión, más o menos acierto, tratan de cambiar su sistema para adecuarlo un poco más a las necesidades de nuestro pueblo. Es verdad que todavía están muy lejos de ello. Es verdad que apenas se dan intentos tímidos de transformación. Sin embargo, ahí está la inquietud y, de tiempo en tiempo, los conflictos. Donde hay conflicto es que hay vida.

Decimos esto porque lo que nos pasma y nos indigna es la existencia y aun proliferación cada vez mayor en nuestro medio de escuelas y colegios abiertamente elitistas y marginados. No entendemos cómo el Ministerio de Educación permite el funcionamiento en nuestro país de una serie de centros educativos (?) que, amparados en el elitismo más vergonzante, ofrecen una "educación", no sólo a espaldas del pueblo, sino positivamente en contra del pueblo. Se trata de educar a los hijos de los ricos (el monto inaudito de las cuotas no nos dejará mentir), en un estilo de vida sumamente lujoso (un insulto para la pobreza popular), con mentalidad y a veces hasta con idioma extranjero. Repetimos: no entendemos cómo el Ministerio de Educación permite estos mal llamados centros educativos, verdaderos antros de corrupción. Y no hablamos metafóricamente. Porque corromper es educar contra los intereses y los valores culturales de nuestro pueblo. Corromper es inducir en el espíritu de la infancia el clasismo, la segregación y el privilegio.

¿Qué puede esperar El Salvador de semejantes centros? ¿Qué puede esperar nuestro pueblo de las personas allá formadas? Decir que nada sería iluso. Puede esperar más bien oprobio y enajenación. Así no es de extrañar que en estos centros no se den problemas ni protestas ni conflictos. Toda crisis exige una conciencia. Y esos centros representan la falta de conciencia de un mínimo estrato de nuestra sociedad. Precisamente el mismo que se niega a reconocer los derechos más elementales del pueblo salvadoreño. El mismo que pretende perpetuarse en el poder autocrático. El mismo que funda ciertos "centros educativos".